

querer, por lo tanto, dar una idea de su abajamiento no nos queda sino la expresión de San Pablo: *Se anonadó.*

PUNTO SEGUNDO.—*Jesús, perfecto modelo de humildad durante todo el curso de su vida.* Cada uno de los sitios y lugares que ocupa es una prueba de su amor á la abyección. Su nacimiento, circuncisión, huida á Egipto, los treinta años pasados en la obscuridad y en el olvido y dedicado á los trabajos de un humilde oficio..... Siempre se descubre en El el mismo atractivo y afán por las humillaciones; en su vida pública y privada, y, sobre todo, en su Pasión ese deseo no conoce límites. ¡Oh alma mía! ya que tú adoras á un Dios anonadado, debes amar todo lo que El ama.

MEDITACIÓN XVII

De la humildad. Su excelencia

- I. En sí misma.
- II. En sus frutos.

PUNTO I

Excelencia de la humildad considerada en sí misma

Es la verdad, la justicia, y, hasta cierto punto, toda la religión del cristiano.

1.º No es posible profundizar debidamente la frase de Santa Teresa: «La humildad es la verdad,» no tomándola en sentido especulativo, sino en su paso de la inteligencia que ilumina, al corazón cuyos afectos dirige y santifica.

A la claridad de esta luz, el hombre descubre la grandeza de Dios, la nada de las criaturas y de sí mismo: sobre este conocimiento él mide su estimación y su menosprecio, su odio y su amor.

El ángel pecó por orgullo, porque no se mantuvo en la verdad: *In veritate non stetit* (1); y cayó bajo el imperio de la mentira: *Cum loquitur mendacium, ex*

(1) Joam., VIII, 44.

propriis loquitur, quia mendax est (1). Que la verdad reine en nosotros, dice San Bernardo; dejad que ella gobierne vuestros pensamientos y os enseñe las cosas como son, y la vanidad no podrá encontrar sitio en vuestras almas: *Non est quo intret vanitas, ubi regnat veritas.* Desgraciadamente nosotros huimos de la verdad, precisamente porque nos humilla, aunque por lo mismo que nos humilla nos salve.

¡Ah, preciosas humillaciones que temo y que, por el contrario, debería desear! ¡Qué bueno sois, Dios mío, para conmigo cuando os dignáis enviarme lo que yo no me atrevo á pedir! *Bonum mihi quia humiliasti me* (2). Ciertamente ¡qué bien comprende sus intereses el que escoge este camino: *Viam veritatis eligi* (3). *Eligi abjectus esse* (4).

Un buen sacerdote decía: «Aunque por mucho tiempo estuviese yo abrumado de miserias é imperfecciones no cesaré de exclamar: ¡dichosas miserias que me excitáis al dolor, y me llenáis de vergüenza ante las perfecciones de Dios, y me humilláis delante de los hombres! Si me sois necesarias yo no querré trocaros por los méritos y virtudes de los demás. Prefiero ser tal como conviene que sea para ser humilde. Renuncio á todas las gracias que me privarían de esta ventaja y, para no perderla, consiento en verme privado de lo demás» (5).

2.º La humildad es la justicia. El hombre humilde da á cada uno lo que le pertenece: *Cui honorem, honorem* (6)..... El ha comprendido estas palabras: *Non gloriatur sapiens in sapientia sua, et non gloriatur fortis in fortitudine sua.....sed in hoc gloriatur qui gloriatur: scire et nosse me* (7). Si ha conseguido algún triunfo y obrado algún bien, dirige toda la honra al que da la voluntad y el poder. En cuanto á él no

(1) Joan., VIII, 44.

(2) Ps. CXVIII, 71.

(3) Ps. CXVIII, 71.

(4) Ps. LXXXIII, 11.

(5) P. de la Colombière.

(6) Rom., XIII, 7.

(7) Jerem., IX, 23, 24.

hizo sino lo que debía y aún deberá preguntarse ¿lo habré hecho bien? *Servi inutiles sumus: quod debuimus facere, fecimus. Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuoda gloriam.* Por otra parte, él sabe muy bien lo que merece por tantas faltas como ha cometido y comete aún todos los días; él sabe de qué crímenes sería capaz si la mano del Señor no lo sostuviera. De ahí la baja estimación que tiene desí mismo, aun cuando haya sido admirado de los hombres y hé aquí el sacerdote que por su manera de obrar se atrae el aprecio de su Dios: *Ecce sacerdos..... qui in diebus suis placuit Deo et inventus est justus.*

3.º La humildad es, por decirlo así, toda la religión del cristiano: *Si queris quid sit primum in religione et disciplina Christi, respondeo: Primum est humilitas: quid secundum? humilitas, quid tertium? humilitas (1). Tota et vera christianæ sapientiæ disciplina in vera ac voluntaria humilitate consistit (2).* Las otras virtudes no parecen ser más que diferentes formas de humildad; la oración es la humillación del hombre que reconoce su profunda miseria y la infinita grandeza de Aquel á quien adora y á quien hace oración, esperándolo todo de Dios, nada de sí mismo; la fe es la humildad de la razón que renuncia á sus propios juicios y se postra ante los juicios de Dios y la autoridad de su Iglesia; la obediencia es la humildad de la voluntad, que se sujeta á la ajena voluntad; la castidad es la humildad de la carne que ella somete al espíritu; la mortificación exterior es la humildad de los sentidos; la penitencia es la humildad de todas las pasiones que ella inmola.

(1) San Agustín. Epist. 56.

(2) San Agustín. Serm. 8. de Epiphan.

PUNTO II

Nada más excelente que la humildad considerada en sus frutos

Estos son la gracia, la paz y la gloria temporal y eterna.

1.º La gracia. Vuestros pecados han interpuesto espesas nubes entre vosotros y el Señor. ¿Queréis que vuestra oración á pesar de estas nubes llegue al oído y al Corazón del Altísimo? ¿Queréis que ella consiga lo que pide? No tenéis más que humillaros: *Oratio humiliantis se nubes penetrabit..... et non discedet donec Altissimus aspiciat (1). Respexit orationem humilium (2). Humilium..... semper tibi placuit deprecatio (3).* Del mismo modo que el imán atrae el hierro, la humildad atrae la gracia: *Velut magnes attrahit ferrum, sic humilitas gratiam ad se trahit (4).* Si la gracia es una fuente de agua viva que brota para la vida eterna, la humildad es el vaso de que nos servimos para sacarla; y como el vaso no se llena hasta que se sumerge en la fuente, así el alma no se llena de Dios mientras no se humille hacia su nada. *Sicut de fonte terreno non potest quis bibere, nisi voluerit se inclinare, ita de vivo fonte Christi, Spiritus Sancti fluvio, nemo aquam vivam haurire poterit, nisi humiliter se inclinare voluerit (5).*

2.º La paz es otro fruto de la humildad. La paz para con Dios. ¿Le habéis ofendido? La humildad lo aplaca, porque esta virtud, á juicio de los Santos Padres, tiene el privilegio de repararlo todo; ella apacigua al Señor por encolerizado que esté, y hace en nosotros las veces de la inocencia delante de Dios; el cual no le puede rehusar su perdón: *Cor contritum et humiliatum, Deus non despiciet (6).* «Hijo del homi-

(1) Eccli., XXXV, 21.

(2) Ps. CI, 18.

(3) Judith, IX, 16.

(4) San Bernardo.

(5) Cæsar Arelat. Homil. 34.

(6) Ps. L. 19.

bre ¿has visto á Acab humillarse delante de mí? Esto me basta; ya estoy desarmado: los males con que le amenacé no le dañarán mientras él viva (1). La paz para con el prójimo. Si el orgullo irrita y separa, la humildad, hija de la caridad, endulza y une los corazones. ¿Cómo no amar á un hombre que se olvida de sí mismo para no pensar sino en los demás, que se esfuerza por ocupar á todo trance el último lugar? La paz para consigo mismo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón: imitadme y encontraréis el descanso de vuestras almas.» La paz es la tranquilidad que resulta del orden; ahora bien, ninguna cosa hay más ordenada que un alma humilde: estimación, menosprecio, temores, deseos..... cada cosa ocupa su puesto; ella no conoce las agitaciones y tempestades excitadas por el orgullo.

3.º Finalmente, la humildad produce la gloria. Tratándose de la vida futura, no cabe dudarle, la fe lo enseña formalmente: *Populum humilem salvum facies* (2). *Humiles spiritu salvabit* (3). *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cælorum* (4). Si, el que se abate será ensalzado: *Qui se humiliat, exaltabitur*: desde el abismo de su nada hasta el trono de la gloria inmortal. ¿Pero estamos bastante persuadidos de que en la vida presente, nuestra grandeza se mide por nuestra humildad, y que en la misma proporción que nos humillamos delante de Dios ensalzamos y engrandecemos? Hagamos dos sencillas consideraciones.

La gloria del hombre consiste en cumplir con su fin. Este fin es nobilísimo, porque no tiene otro objeto que el de glorificar á Dios, y la gloria de Dios es de una dignidad y excelencia infinita. De aquí se sigue que el hombre más grande es aquel que glorifica á Dios del modo más perfecto; pues bien, es evidente que la humildad ó la humillación aceptada volunta-

- (1) III Reg., XXI, 29.
- (2) Ps. XVII, 28.
- (3) Ps. XXXIII, 19.
- (4) Matth., V, 3.

riamente y buscada por Dios es el medio más eficaz para procurar su gloria, porque el Verbo encarnado, la Sabiduría eterna, viniendo á este mundo para glorificar á su Padre, ha escogido este medio con preferencia á todos los demás: *Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta* (1).

El hombre es más ó menos grande, según que se asemeja más ó menos á Jesucristo que es toda la gloria de la humanidad y en el cual, dice San Pablo, la plenitud de la divinidad habita corporalmente. Ahora bien, el amor á la abyección habiendo sido como el carácter distintivo del Verbo hecho carne, nadie se le asemeja más que aquel que, imitándole, abraza la locura de la cruz.

Refrenemos pues, y dirijamos rectamente la inclinación que nos lleva al orgullo y á las desmedidas aspiraciones de grandèza. Sacad de aquí el argumento de vuestro coloquio con Jesucristo cuando descendáis del altar: *Creator universi hujus mundi, in sinu vilissimæ creaturæ, Dei Filius, Dominus Dominantium, in pectore servi sui abjectissimi! Quid hoc? Nescio præ admiratione quid dicam, aut quid cogitem. Er-gone satis non erat amoris tuo, benignissime Jesu, te jam semel humiliatum, servi formam accepisse, vel potius formam vermis et non hominis, quia nunc denuo apud me, infimum terræ vermiculum, divertere dignatus es? Quare pateris, o Fili Dei, ut tam fætidus peccator Sanctum Sanctorum circumferat in corde squalido? Sed hæc es patientia tua et humilitas tua, Domine... En ego pulvis et cinis, humiliter adoro te Deum humilem.*

«*Maximas simul, quas possum, gratias ago tibi pro humillima tua obedientia, qua non solum Patri tuo, sed et mihi sacerdoti tuo indignissimo paruisti, dum mox ad voluntatem et vocem meam ingens illud. Transubstantiationis miraculum patrabas, et absque mora te præsentem in ara sistebas..... Venisti in hunc mundum, humillime Jesu, non ut principatum sæcularem acciperes..... non ut omnium populorum captares plausum.....*

- (1) Hebr., XII, 2.

sed ut perditum recuperares genus humanum, ut instrueres nos verbo, informares exemplo, mundares lavacro, roborares auxilio, redimeres in crucis patibulo, et pasceres sacro corpore et sanguine tuo! O charitas! O miranda humilitas!..... O Verbum caro factum, tolle a nobis omnem superbiam, ne animis unquam efferamur, nec ulla in re gloriemur, præterquam in te..... et si quid boni habere videamur, id non ex nobis ipsis, sed a te solo, bonorum omnium fonte, descendere agnoscens, non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo demus gloriam et honorem» (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Nada más excelente que la humildad considerada en sí misma.* 1.º Ella es la verdad: no ya especulativa sino pasando de la inteligencia que ilumina, al corazón cuyos afectos dirige. Que la verdad reine en mí y no habrá lugar ninguno para la vanidad. ¡Qué bondadoso sois, Señor, para conmigo, cuando me enviáis humillaciones que yo no me he atrevido á pedirlos! 2.º Es la justicia. A cada uno da lo que le pertenece: honra á quien merece honra. ¿Qué se me debe á mí, Dios mío, por tantos pecados como he cometido? Si hice algún bien ¿es á mí ó es á Vos á quien se debe tributar homenaje? 3.º Es toda la religión del discípulo de Cristo. Es su humildad que adora y pide, reconociendo la grandeza de Dios y su propia nada, esperándolo todo de Dios solo: es su humildad que cree por el abatimiento de su razón, su humildad que obedece por la sumisión de su voluntad.

PUNTO SEGUNDO.—*Nada más excelente que la humildad considerada en sus frutos.* Estos son: la gracia, la paz, la gloria. La gracia. La oración del que se humilla penetra las nubes; nada resiste á su eficacia. Como el imán atrae el hierro, la humildad atrae la gracia. La paz. Para con Dios; ella le aplaca en su cólera. Para con el prójimo. ¿Cómo no amar á quien se olvida de sí mismo para no pensar más que en los otros? Para consigo mismo. El alma humilde no conoce para nada las tem-

(1) Scut. fid.

pestades y las perturbaciones del orgullo. La gloria eterna y también la presente. El hombre más grande es verdaderamente el que llena mejor su fin que es el de glorificar á Dios; pues el Hijo de Dios, descendido del Cielo para procurar la gloria de su Padre, escogió la humillación con preferencia á todo otro medio. Por otra parte ¿no es Jesucristo la gloria de nuestra humanidad y puede uno asemejarse de otro modo que amando la abyección? Inclínemos hacia este lado la tendencia que nos lleva á la grandeza.

MEDITACIÓN XVIII

La humildad es sumamente necesaria al varón apostólico

- I. Para procurar la gloria de Dios.
- II. Para trabajar con provecho en la salvación del prójimo.
- III. Para asegurar su propia salvación.

PUNTO I

La humildad es necesaria al sacerdote para procurar la gloria de Dios

En efecto, no podemos nosotros alcanzar este fin que es el primero y el más sublime del sacerdote sin tener estas tres cosas que sólo la humildad nos puede proporcionar: celo ardiente por esta divina gloria, gran docilidad á las inspiraciones del Espíritu Santo el cual se quiere servir de nosotros para procurarla, y gran fidelidad para atribuir á Dios todo el honor de sus obras.

Conviene, ante todo, que procuremos con ahinco los intereses del Señor, y estemos abrasados por el deseo de que sea conocido, amado, servido, es decir, glorificado. Ahora bien, esta disposición tan sólo la alcanzaremos mediante la verdadera humildad. El celo es efecto del amor. Un corazón lleno de

sí mismo está siempre vacío de amor divino. ¿Es acaso al orgulloso á quien se le ha concedido la más preciosa de todas las gracias, la de amar á Dios? *Humilibus dat gratiam*. ¿Por ventura el Señor revela á él sus secretos y le descubre la excelencia infinita de su sér? *Confiteor tibi, Pater, quia abscondisti hæc a sapientibus..... et revelasti ea parvulis* (1). *Humili homini se inclinât..... humili sua secreta revelat* (2).

La docilidad á las inspiraciones del Espíritu Santo, no nos es menos necesaria, pues de ella depende toda la eficacia de nuestro celo. Se trata de renovar y producir la noble imagen de Dios en las almas, pues esta es principalmente la gloria que El desea. El sacerdote es en las manos de Jesucristo lo que el pincel en manos del pintor. Cuando es humilde, es flexible á las inspiraciones del Espíritu Santo y no impide su obra; empero, si es vano y presuntuoso, es un instrumento muy difícil de manejar. Jesús no puede disponer de él como quiere, ni hacer de él lo que quiere; encuentra en él miras personales del todo opuestas á sus propias miras.

Otro motivo fija la elección de los humildes por parte de Dios para el cumplimiento de sus designios, y es que le atribuyen fielmente el honor de todo el bien que hacen. Aun después de las más brillantes acciones, en medio de los sucesos más seductores, conservan siempre el sentimiento de su nada, y dicen con toda sinceridad: «Es la mano del Señor la que ha obrado tales maravillas.» *Dextera Domini fecit virtutem* (8). El orgulloso, al contrario, jamás quiere quedar del todo oscurecido; pretende, por lo menos, compartir con Dios la gloria de sus obras.

Señor, todo lo bueno que hacemos proviene de Vos y sólo los humildes os honran. *Magna potentia Dei solius, et ab humilibus honoratur* (4) ¿Qué poder se puede comparar al que Vos ejercéis por vuestros mi-

- (1) Matth., XI, 25.
- (2) Imit., l. II, c. II.
- (3) Ps. CXVII, 16.
- (4) Eccli., III; 21.

nistros? A medida que la humildad nos enaltece, debemos nosotros rebajarnos: *Quanto magnus es humiliata te in omnibus* (1). Vos nos enseñáis que por nosotros mismos nada podemos: *Sine me nihil potestis facere*; y vuestro Apóstol añade que ni siquiera tener un buen pensamiento. Si algo podemos viene de Vos, que sois el único que nos hacéis aptos para cumplir con nuestros varios ministerios (2). Os place escoger lo más débil para combatir lo más fuerte; lo que no es, para destruir lo que es; la locura de la Cruz, para confundir la vana sabiduría; con tales medios resalta más vuestro poder é independencia soberana. Toda la gloria entonces se refiere á Vos, porque toda ella os pertenece.

PUNTO II

La humildad es necesaria al sacerdote para trabajar con fruto por la salvación del prójimo

Obligados á hacernos todo para todos, para ganarnos á todos á Jesucristo, sólo la humildad es la que con sus formas dulces y modestos modos de proceder, nos abre por todas partes libre acceso y nos hace aceptables hasta á los caracteres más difíciles. Disipa las prevenciones, y dispone al amor de la ley divina, haciendo amar á quien la anuncia. Añadamos que el sacerdote que no es humilde, no acudirá sino con repugnancia á ciertas funciones, tanto más útiles á las almas y más bendecidas del Cielo cuanto que son de menos lucimiento delante de los hombres; esto sucede con la instrucción y confesión de los niños, la visita á los enfermos, el cuidado de los pobres y de los inválidos.

En fin, acordémonos á menudo que la santificación y salvación están en Jesucristo, y sólo de El se derivan. Cuanto más llenos estemos del espíritu del Salvador, tanto más útiles seremos para la santificación

- (1) Eccli., III, 20.
- (2) *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros novi testamenti* (II Cor., III, 5, 6).

y salvación. Ahora bien, por demás sabemos nosotros en quién se halla este espíritu, esta virtud de Jesucristo: *Gloriabor in infirmitatibus meis ut inhabitet in me virtus Christi* (1). Jesús se une á su humilde ministro, y hace fecundos sus trabajos. Se puede decir que los mismos atractivos que lo hicieron bajar al seno de María para comenzar allí la obra de nuestra redención, lo hacen también bajar al corazón de los buenos sacerdotes para continuar por su medio este misterio de su infinita misericordia: *Quia respexit humilitatem.*

Ningún predicador anunció el Evangelio con tanto fruto como San Pablo ¿quién podría contar las almas que arrancara al infierno este Apóstol? Y ¿por qué se sirvió Dios de él para la salvación de tantos pueblos? San Agustín responde: por su profunda humildad: *Prostravi Christus una vice Saulum, erexit Paulum; prostravi superbum, erexit humilem; prostratus est persecutor, erectus est prædicator* (2). El celo de San Bernardo obtenía más felices resultados, cuando iba acompañado de mayor humildad: *Quo humilior, eo utilior fuit populo Dei in omni doctrina salutari* (3). San Francisco Javier se preparaba para la conversión de los indios pidiendo limosna de puerta en puerta, y prestando sus servicios á los pobres y enfermos en los hospitales.

¡Oh mi Dios! Qué consideración tan á propósito para tocarme el corazón! Habéis puesto en mis manos la salvación de muchas almas, quizás de un gran número. Es vuestra intención que se conviertan y se salven por medio de mi ministerio; pero debo temer mucho que no queráis tomarme por instrumento de vuestra gracia si vislumbráis en mí asomos de secreto orgullo. Si no soy humilde no perteneceré jamás á la raza de aquellos hombres por quienes se ha obrado la salud de Israel (4).

(1) II Cor., XII, 9.

(2) Sermo 4. de temp.

(3) Godefrid, In vita S. Ber., l. III, c. III.

(4) *Ipsi autem non erant de semine vivorum illorum per quos salus facta est in Israël.* (I Mach., V, 62).

PUNTO III

La humildad es necesaria al sacerdote para salvarse á sí mismo

Es decir, que el sacerdote tiene una necesidad particular de esta virtud para escudarse contra los peligros que le amenazan: peligros que provienen para él, ya de su sublime misión y de las gracias con que Dios le favorece, ya de los asaltos del demonio.

1.º Nadie, desde el punto de vista de la fe, está colocado en lugar tan excelso como el representante de Jesucristo y el dispensador de sus ministerios; y nadie como él debe temer la caída: *Sublimis gradus, sed eo amplius periculosa ruina* (1). *Gaudebo de ascensu, sed timebo de lapsu* (2). El piadoso y sabio Thaulère llega á decir que la incomparable Virgen tenía tantos ó más motivos para humillarse que Magdalena la pecadora, y da esta razón: que la Madre de Dios, no siendo nada por sí misma, debía comprender la inmensa desproporción que mediaba entre su elevada dignidad y su nada. Sólo el fundamento sólido de una profunda humildad puede sostener el edificio gigantesco de la dignidad sacerdotal.

2.º Mi dependencia de Dios se mide por los dones que he recibido y que de él recibo continuamente. He de rendir estrecha cuenta de los talentos que me han sido confiados. ¿Qué consecuencia se deriva de esto? Que seré juzgado con mayor rigor que los simples fieles: *Tanto ergo esse humilior..... quisque debet ex munere, quanto se obligatiorem esse conspicit in reddenda ratione; cum enim augetur dona, rationes etiam crescunt donorum* (3).

3.º En fin, estando por su condición encargado el sacerdote de la defensa de la causa de Dios, tiene

(1) San Bernardo.

(2) San Jerónimo.

(3) San Gregorio. Homil. 9 in Evng.

en contra suya todas las potestades del abismo. Los demonios, á quienes no cesa de combatir, oponen guerra contra guerra; y emplean para perderle el medio que los ha perdido á ellos; se esfuerzan en inspirarle vaná complacencia, estima de su propia dignidad y sacan partido de todo para tentarle; de las muestras de respeto debidas á su carácter, de las funciones santas que ejerce y por las cuales se ve propuesto como modelo y doctor de los fieles y constituido en juez de las conciencias.... ¿Dónde, dónde está en medio de tantos peligros, la seguridad del sacerdote? En su humildad: *Custodiens parvulos Dominus: humiliatus sum, et liberavit me* (1). *Humilitas tutissimus et omnium virtutum thesaurus* (2). *Humilitatem dilige, et nunquam diaboli laqueis capieris* (3).

Si amo á Dios, si amo á mi prójimo, y si algún amor me tengo á mí mismo y deseo mi salvación eterna, es menester á toda costa que, siguiendo las huellas de Jesús, mi divino Rey, procure alcanzar la santa humildad. Quiero ahondar hasta el fondo de mis miserias, hasta dar con esta perla preciosa. ¡Ah! ¡Cómo debo confundirme y más que nunca ahora que estoy en el momento de subir al altar! ¿Quién soy yo ¡oh Dios mío! y cuál es el ministerio á que me preparo? *¿Quid cogitabo melius et salubrius, nisi meipsum totaliter humiliando coram te....? Ecce tu Sanctus sanctorum et ego sordes peccatorum. Ecce tu inclinas te ad me, qui non sum dignus ad te respicere* (4). ¡Oh buen Maestro! Lo que yo os pido para mí os lo pido también para todos aquellos sacerdotes que han de ofrecer hoy este temible sacrificio: *Miserere, miserere, Domine, da misericordiam tuam poscens; da gratiam indigentibus, et fac nos tales existere, ut simus digni gratia tua perfrui, et ad vitam proficiamus æternam* (5).

- (1) Ps. CXIV, 6.
- (2) San Basilio, c. XVII. *Constitut. monast.*
- (3) San Efrén, *De recta vivendi rat.*
- (4) *Imit.*, l. IV, c. II.
- (5) *Ibid.*, c. IX.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La humildad es necesaria al sacerdote para procurar la gloria de Dios.* No se puede alcanzar este primer fin del sacerdote sin un completo olvido de sí mismo y un entrañable amor hacia Dios que son dos frutos preciosos de la humildad. Para glorificar á Dios es necesario ser en las manos de Jesucristo lo que el pincel en manos del pintor; ahora bien, semejante docilidad es incompatible con el orgullo. Dios ha escogido al débil y al que cree en su debilidad, para confundir al fuerte ó al que cree serlo.

PUNTO SEGUNDO.—*La humildad es necesaria al sacerdote para trabajar con fruto por la salvación del prójimo.* Debemos hacernos todo para todos; sólo la humildad con sus formas dulces nos abre los corazones. El mismo atractivo que encontró Jesús para bajar al seno de María y dar comienzo á la salvación del mundo lo hace bajar al corazón de los sacerdotes para continuar este misterio de misericordia: *Quia respexit humilitatem.*

PUNTO TERCERO.—*La humildad es necesaria al sacerdote para salvarse á sí mismo.* Sólo el fundamento de una perfecta humildad puede sostener el edificio gigantesco de la dignidad sacerdotal. *Tanto esse humilior quisque debet ex mune-re, quanto se obligatiorem esse conspicit in reddenda ratione.* En fin, todo género de peligros rodean al sacerdote y no estará seguro sino en la humildad: *Custodiens parvulos Dominus; humiliatus sum et liberavit me.*

MEDITACIÓN XIX

Repetición de las tres precedentes

Consiste la humildad en el menosprecio de sí mismo, por el conocimiento de su nada; en recibir con paciencia y aun con gozo los desprecios que uno merece por amor á la justicia y á la verdad. El conservarse con igualdad de ánimo cuando en un ministerio sublime uno obtiene feliz resultado, ó sale con